

Palabras silenciosas

Alfredo Torres

Existe una clara y fecunda ambivalencia en la propuesta ofrecida por Pablo Uribe. Por un lado las alusiones que se desprenden de la instalación o de ese gran objeto instalado. Por otro, todo lo que la apropiación del objeto y su traslado suponen. El creador casi no interviene en la presentación del mismo, apenas si decide el encuadre, la selección del fragmento, lo limpia y lo consagra. Consagración que, ante todo, implica una asunción afectiva.

El acto de rescatar una parcela física olvidada supone, de partida, una compensación de la memoria. Porque esa parcela física proviene de un edificio y de un barrio que fueron actores esenciales en los acontecimientos que siguieron al golpe de estado. El primer valor, entonces, tiene que ver con el gesto de apropiación en sí, con el rescate y el traslado, y con su consagración.

El segundo valor se vincula a los alcances de la metáfora, entendida como circunstancia del pasado que actúa como catalizador del presente. Esa especie de mampara, de separador, divide el espacio de manera tajante. La retícula de viejas maderas impide la visión, carece de vidrios. Han sido reemplazados por chapas de lata que han acumulado capas de pintura hasta exhibir su decrepita policromía.

La puerta no conduce a ningún lado, tan sólo permite acceder a un perturbador silencio espacial. Esa clausura define pertenencia con el hecho histórico concreto y busca aludir a las resonancias que aun siguen provocando una inagotable vigilia temporal.